

## **XVI Domingo del Tiempo Ordinario C**

### **La lección de Betania**

*"Dijo Jesús: Marta, andas inquieta y nerviosa por tantas cosas. Sólo una es necesaria. María ha escogido la mejor parte". San Lucas, cap. 10.*

Las religiones orientales le han enseñado a Occidente el valor de la contemplación. Pero el ambiente en que vivimos nos precipita a un activismo desbordado y destructor. Nos impide escucharnos y escuchar a Dios.

Sin embargo, para vivir como personas todos necesitamos frenar de vez en cuando la actividad, escuchar y contemplar.

El estudiante, fatigado de su esfuerzo, se pierde en una sala de cine. La madre de familia anhela reconstruir sus fuerzas frente al mundo ficticio de una telenovela. El comerciante, el profesional, se van al campo, en busca de la naturaleza que les habla otro lenguaje. Para otros el deporte, el juego o la embriaguez, son el refugio para evadir sus cansancios. Algunos se reconstruyen en un retiro espiritual o, en un encuentro de esposos, clarifican y refuerzan su relación como pareja.

Todos anhelamos soltarnos de la rueda, a la cual vamos atados y sentirnos nuevamente libres y dueños de nosotros mismos.

Trabajamos demasiado y hemos dejado de existir como esposos, como padres, como amigos. La mayoría de nuestras relaciones se basan en el hacer y pocas veces en el ser. Se han convertido en un intercambio de trabajo, de dinero, de favores. Nos hemos olvidado de celebrar la vida en común, compartiendo.

En las afueras de Betania, María a los pies del Señor, atenta a su palabra, nos enseña esa actitud de escucha, de contemplación, de misterio, que es la esencia de todo intercambio humano. Sin esta forma de relación, la vida va perdiendo sentido y sin darnos cuenta, un buen día, nos encontramos a mil años luz de aquellos que nos rodean. Nos hemos vuelto extraños.

Cuando detenemos nuestro ajetreo diario y hacemos silencio en derredor, le damos audiencia a Dios, y El nos habla. Ilumina y clarifica las cosas que nos rodean, nos da otra imagen de quienes viven con nosotros y nos proyecta hacia valores plenos y definitivos.

La liturgia hunde sus raíces en esta necesidad humana de colocarnos en otra dimensión. Suspender el trabajo, hacer consciente la presencia del Señor, tomar las cosas, volverlas signos, enseñarles a cantar alabanzas y acción de gracias y celebrar juntos, amigos y hermanos, la fe y la alegría de ser hijos de Dios.

Pero existe otra liturgia pequeña y personal, semejante a aquella de Betania. En ella se celebra la amistad, el gozo de tener los mismos ideales, de compartir los mismos anhelos, de luchar en la misma trinchera. Así los amigos, los hermanos, los esposos. Entonces las penas se dividen por dos y las alegrías por dos se multiplican.

Esos ratos de contemplación, de silencio, de comunión en el ser con los otros, nos curarán de muchas tensiones inútiles, nos ayudarán a corregir el rumbo equivocado y darán a nuestra vida un sentido verdaderamente humano.

**Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y**